Carta de Jamaica

SIMÓN BOLIVAR

Nuestros doscientos años

WILLIAM OSPINA

CONFIAR EN LA CULTURA

Carta de Jamaica
Simón Bolívar

Nuestros doscientos años
William Ospina

CONFIAR®
COOPERATIVA FINANCIERA

FUNDACION
CONFIAR

Carta de Jamaica
Simón Bolívar

Nuestros doscientos años
William Ospina

Edita:
CONFIAR Cooperativa Financiera
Calle 52 Nº 49-40 Tel. 448 75 00
www.confiar.coop

ISBN: 978-958-99050-2-9

Diseño e Impresión:
Pregón Ltda

Se usó papel Propal Beig de 90 gramos
y cartulina de 200 gramos.

A los pies de un visionario dotado de voluntad inquebrantable

Tristeza e inmensos interrogantes debían dominar la mente de Bolívar cuando el 8 de mayo de 1815 embarcó en el navío inglés La Descubierta, sobre el caño Bazurto en Cartagena, rumbo a Jamaica.

Con apenas 32 años, este caraqueño hijo de América como se consideró, ya cargaba el título de Libertador, ganado tras la concreción de la Segunda República venezolana, épica jornada para la cual también partió, dos años atrás, desde territorio cartagenero o vecino de sus murallas.

Su imaginación, su audacia, su flexibilidad a la hora de encarar al enemigo, así como el manejo de la sorpresa, la rapidez y la movilidad, permitieron a Bolívar derrotar a las rígidas fuerzas monárquicas y dar paso a la Segunda República. Que poco tiempo duró. Sin la reivindicación de libertad, el alzamiento en su contra de los negados, de los

siempre oprimidos, encabezados por los esclavos, no permitió que el nuevo ensayo republicano se consolidara. Las fuerzas de la independencia muerden entonces el polvo, y la derrota parece ser más fuerte que el efímero triunfo.

Sobre los campos venezolanos, los muertos sumaban miles. Por doquier yacían los restos de los otrora soldados y oficiales del ejército de los mantuanos, comandado por el Libertador. Sólo unos pocos sobrevivieron y pudieron llegar a Cartagena, mientras otros se replegaron por el amplio territorio de la Capitanía General de Venezuela. No muchos partieron en retirada para las islas del Caribe. Entonces, sin fuerzas suficientes para reemprender el esfuerzo militar, era imprescindible buscar apoyo.

Ir en busca del Congreso Federal o de las Provincias en la Nueva Granada, que ya le habían apoyado para la Campaña Admirable, fue su primera meta. Desde Cartagena remontó hasta Boyacá para luego ocupar, a órdenes del Congreso, a Santafé, inmenso esfuerzo que no le produjo sino escasas promesas, las cuales, de regreso a Cartagena, en manos de su contradictor, el brigadier Manuel Castillo, no se concretaron. Una negativa que no apagó su energía guerrera.

Ahora es a los ingleses a quienes busca. En Jamaica planeó el contacto con alguno de sus voceros. Pero el tiempo transcurrió sin respuestas concretas. Una

vez más el silencio y la dilación no le hicieron desfallecer. Nueve meses en la isla fueron suficientes para meditar y comprender el deber de encarar otra ruta. Mas, también fue tiempo suficiente para percibir el contenido de la lucha de los esclavos en Haití con victoria frente al ejército de Francia desde 1804, y tratar de comprender el porqué de las derrotas en las dos repúblicas venezolanas.

Como guerrero que era, pero también como estadista, Bolívar sabía que la obtención de apoyo político, militar y económico exigía explicaciones profundas, mucho más que simples razones. Si bien España era enemiga de Inglaterra, este argumento no resultaba suficiente para que el imperio, que opacó al reinante en el mar Caribe y parte del Pacífico por tanto tiempo, decidiera brindar el apoyo solicitado por los hijos de estas tierras.

Fue en este afán que Bolívar escribió su contestación "A un caballero de esta Isla", misiva ahora conocida como "Carta de Jamaica". Sin duda, documento fundacional de nuestra América. Son páginas en las que, con todo rigor, el criollo suramericano dejó entrever las potencialidades de este inmenso territorio, a la par de las razones para que sus hijos se independizaran de España. Pero no fue sólo esto.

A lo largo de su escrito, además, y con visión futurista, plasmó con todo rigor algunas de las

principales causas que podrían emprender los hijos de América, una vez coronado el propósito de derrotar al imperio que los oprimía. Inmensa demostración de conocimiento y comprensión de los tiempos que vivió y los retos que enfrentó, pero también una evidencia de sus cualidades para asumir y dirigir la epopeya para la cual reclamó apoyo.

Ahora, con dos siglos de distancia de aquella *Carta,* a la luz del tiempo, asombra la lucidez de Bolívar en su redacción, quien, favorecido por su memoria y por los pocos libros que podía cargar, dejó traslucir la rigurosidad con que había estudiado a quienes antes alegaron contra España en procura de independencia, como fueron José Pablo Viscardo, Miranda, y fray Servando Teresa de Mier. Pero también a otros que mediante sus letras brindaron luces para la necesaria ruptura, como el abate Pier, el teólogo Blanco White, el mismo Andrés Bello, y todos aquellos que como Montesquieu y Rousseau alumbraron y estimularon con sus ideas la Revolución Francesa y la posterior lucha desatada contra la monarquía por doquier.

18 de diciembre de 1815. Es hora de partir. En Port Royal anclaba La Popa, el barco que puso a su disposición su benefactor y aliado, el capitán Brión. El proyecto inicial cruzaba el mar hacia Cartagena, pero la fortuna lo cobijaba. La mala noticia que le confirmaba la caída de la ciudad

amurallada en manos de la expedición militar conducida por el 'pacificador' Morillo, obligó a corregir su rumbo. Pronto llegó a Haití, donde fue recibido el 2 de enero de 1816 por Alejandro Petión, su presidente.

Meses después, las reflexiones hechas y los apoyos recibidos durante esta retirada obligada renovaron su energía y fortalecieron su convicción. La fase de guerra que abrió al regresar a Venezuela sería la definitiva para vencer al imperio español.

Los editores

Carta de Jamaica

Simón Bolívar

Muy señor mío: Me apresuro a contestar la carta de 29 del mes pasado que Vd. me hizo el honor de dirigirme, y yo recibí con la mayor satisfacción.

Sensible como debo, al interés que Vd. ha querido tomar por la suerte de mi patria, afligiéndose con ella por los tormentos que padece, desde su descubrimiento hasta estos últimos períodos, por parte de sus destructores los españoles, no siento menos el comprometimiento en que me ponen las solícitas demandas que Vd. me hace, sobre los objetos más importantes de la política americana. Así, me encuentro en un conflicto, entre el deseo de corresponder a la confianza con que Vd. me favorece, y el impedimento de satisfacerla, tanto por la falta de documentos y de libros, cuanto por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo.

En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que Vd. me ha honrado. El mismo Barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud, porque aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas y, por consecuencia, sólo se pueden

ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura, y a los verdaderos proyectos de los americanos; pues cuantas combinaciones suministra la historia de las naciones, de otras tantas es susceptible la nuestra por sus posiciones físicas, por las vicisitudes de la guerra, y por los cálculos de la política.

Como me conceptúo obligado a prestar atención a la apreciable carta de Vd., no menos que a sus filantrópicas miras, me animo a dirigir estas líneas, en las cuales ciertamente no hallará Vd. las ideas luminosas que desea, mas sí las ingenuas expresiones de mis pensamientos.

«Tres siglos ha —dice Vd.— que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón». Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana; y jamás serían creídas por los críticos modernos, si constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades. El filantrópico obispo de Chiapas, el apóstol de la América, Las Casas, ha dejado a la posteridad una breve relación de ellas, extractada de las sumarias que siguieron en Sevilla a los conquistadores, con el testimonio de cuantas personas respetables había entonces en el Nuevo Mundo, y con los procesos mismos que los tiranos se hicieron entre sí, como consta por los más sublimes historiadores de aquel tiempo. Todos

los imparciales han hecho justicia al celo, verdad y virtudes de aquel amigo de la humanidad, que con tanto fervor y firmeza denunció ante su gobierno y contemporáneos los actos más horrorosos de un frenesí sanguinario.

¡Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de Vd. en que me dice «que espera que los sucesos que siguieron entonces a las armas españolas, acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales»! Yo tomo esta esperanza por una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres. El suceso coronará nuestros esfuerzos; porque el destino de América se ha fijado irrevocablemente: el lazo que la unía a España está cortado: la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las enlazaba ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes, que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno; no obstante que la inconducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía; o, por mejor decir, este apego forzado por el

imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario; la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos: todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado y hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas: se han roto las cadenas; ya hemos sido libres, y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria.

Porque los sucesos hayan sido parciales y alternados, no debemos desconfiar de la fortuna. En unas partes triunfan los independientes, mientras que los tiranos en lugares diferentes, obtienen sus ventajas, y ¿cuál es el resultado final? ¿No está el Nuevo Mundo entero, conmovido y armado para su defensa? Echemos una ojeada y observaremos una lucha simultánea en la misma extensión de este hemisferio.

El belicoso estado de las provincias del Río de la Plata ha purgado su territorio y conducido sus armas vencedoras al Alto Perú, conmoviendo a Arequipa e inquietando a los realistas de Lima. Cerca de un millón de habitantes disfruta allí de su libertad.

El reino de Chile, poblado de ochocientas mil almas, está lidiando contra sus enemigos que pretenden dominarlo; pero en vano, porque los que antes pusieron un término a sus conquistas,

los indómitos y libres araucanos, son sus vecinos y compatriotas; y su ejemplo sublime es suficiente para probarles que el pueblo que ama su independencia por fin la logra.

El virreinato del Perú, cuya población asciende a millón y medio de habitantes, es sin duda el más sumiso y al que más sacrificios se le han arrancado para la causa del Rey; y bien que sean vanas las relaciones concernientes a aquella porción de América, es indubitable que ni está tranquila, ni es capaz de oponerse al torrente que amenaza a las más de sus provincias.

La Nueva Granada que es, por decirlo así, el corazón de la América, obedece a un gobierno general, exceptuando el reino de Quito que con la mayor dificultad contienen sus enemigos, por ser fuertemente adicto a la causa de su patria, y las provincias de Panamá y Santa Marta que sufren, no sin dolor, la tiranía de sus señores. Dos millones y medio de habitantes están esparcidos en aquel territorio que actualmente defienden contra el ejército español bajo el general Morillo, que es verosímil sucumba delante de la inexpugnable plaza de Cartagena. Más si la tomare será a costa de grandes pérdidas, y desde luego carecerá de fuerzas bastantes para subyugar a los morigerados y bravos moradores del interior.

En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos y sus

devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa; no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de la América. Sus tiranos gobiernan un desierto; y sólo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia; algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven, combaten con furor, en los campos y en los pueblos internos hasta expirar o arrojar al mar a los que insaciables de sangre y de crímenes, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva. Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela; y, sin exageración, se puede conjeturar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todo resultado de la guerra.

En Nueva España había en 1808, según nos refiere el barón de Humboldt, 7.800.000 almas con inclusión de Guatemala. Desde aquella época, la insurrección que ha agitado a casi todas sus provincias ha hecho disminuir sensiblemente aquel cómputo, que parece exacto; pues más de un millón de hombres han perecido, como lo podrá Vd. ver en la exposición de Mr. Walton, que describe con fidelidad los sanguinarios crímenes cometidos en aquel opulento imperio.

Allí la lucha se mantiene a fuerza de sacrificios humanos y de todas especies, pues nada ahorran los españoles con tal que logren someter a los que han tenido la desgracia de nacer en este suelo, que parece destinado a empaparse con la sangre de sus hijos. A pesar de todo, los mejicanos serán libres, porque han abrazado el partido de la patria, con la resolución de vengar a sus antepasados o seguirlos al sepulcro. Ya ellos dicen con Reynal: llegó el tiempo, en fin, de pagar a los españoles suplicios con suplicios y de ahogar esa raza de exterminadores en su sangre o en el mar.

Las islas de Puerto Rico y Cuba que, entre ambas pueden formar una población de 700 a 800.000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independientes. Mas ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desearán su bienestar?

Este cuadro representa una escala militar de 2.000 leguas de longitud y 900 de latitud en su mayor extensión, en que 16 millones de americanos defienden sus derechos, o están comprimidos por la nación española que aunque fue, en algún tiempo, el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo. ¿Y la Europa civilizada y amante de la libertad permite que una vieja serpiente, por sólo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de

nuestro globo? ¡Qué! ¿Está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido para ser de este modo insensible? Estas cuestiones, cuanto más las medito, más me confunden; llego a pensar que se aspira a que desaparezca la América, pero es imposible porque toda la Europa no es España. ¡Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la América, sin marina, sin tesoros y casi sin soldados!, pues los que tiene, apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia, y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo, sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política? Lograda que fuese esta loca empresa; y suponiendo más aún, lograda la pacificación, los hijos de los actuales americanos, unidos con los de los europeos reconquistadores, ¿no volverían a formar dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?

La Europa haría un bien a la España en disuadirla de su obstinada temeridad, porque a lo menos le ahorrará los gastos que expende, y la sangre que derrama; a fin de que fijando su atención en sus propios recintos, fundase su prosperidad y poder sobre bases más sólidas que las de inciertas conquistas, un comercio precario y exacciones violentas en pueblos remotos, enemigos y

poderosos. La Europa misma, por miras de sana política, debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana; no sólo porque el equilibrio del mundo así lo exige; sino porque éste es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio. La Europa que no se halla agitada por las violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia, como la España, parece que estaba autorizada por todas las leyes de la equidad a ilustrarla sobre sus bien entendidos intereses.

Cuantos escritores han tratado la materia se acuerdan en esta parte. En consecuencia, nosotros esperábamos con razón que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios. Sin embargo, ¡cuán frustradas esperanzas! No sólo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa, y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos, porque ¿hasta dónde se puede calcular la trascendencia de la libertad en el hemisferio de Colón?

«La felonía con que Bonaparte —dice Vd.— prendió a Carlos IV y a Fernando VII, reyes de esta nación, que tres siglos ha aprisionó con

traición a dos monarcas de la América meridional, es un acto manifiesto de retribución divina y, al mismo tiempo, una prueba de que Dios sostiene la justa causa de los americanos y les concederá su independencia».

Parece que Vd. quiere aludir al monarca de México Montezuma, preso por Cortés y muerto, según Herrera, por el mismo, aunque Solís dice que por el pueblo; y a Atahualpa, Inca del Perú, destruido por Francisco Pizarro y Diego Almagro. Existe tal diferencia entre la suerte de los reyes españoles y los reyes americanos, que no admiten comparación; los primeros son tratados con dignidad, conservados, y al fin recobran su libertad y trono; mientras que los últimos sufren tormentos inauditos y los vilipendios más vergonzosos. Si a Guatimozín, sucesor de Montezuma, se le trata como emperador, y le ponen la corona, fue por irrisión y no por respeto; para que experimentase este escarnio antes que las torturas. Iguales a la suerte de este monarca fueron las del rey de Michoacán, Catzontzín; el Zipa de Bogotá y cuantos toquis, imas, zipas, ulmenes, caciques y demás dignidades indianas sucumbieron al poder español. El suceso de Fernando VII es más semejante al que tuvo lugar en Chile en 1535, con el ulmen de Copiapó, entonces reinante en aquella comarca. El español Almagro pretextó, como Bonaparte, tomar partido por la causa del legítimo soberano y, en consecuencia, llama al usurpador,

como Fernando lo era en España; aparenta restituir al legítimo a sus estados y termina por encadenar y echar a las llamas al infeliz ulmen, sin querer ni aun oír su defensa. Este es el ejemplo de Fernando VII con su usurpador. Los reyes europeos sólo padecen destierros, el Ulmén de Chile termina su vida de un modo atroz.

«Después de algunos meses —añade Vd.— he hecho muchas reflexiones sobre la situación de los americanos y sus esperanzas futuras; tomo grande interés en sus sucesos; pero me faltan muchos informes relativos a su estado actual y a lo que ellos aspiran; deseo infinitamente saber la política de cada provincia como también su población; si desean repúblicas o monarquías, si formarán una gran república o una gran monarquía. Toda noticia de esta especie que Vd. pueda darme, o indicarme las fuentes a que debo ocurrir, la estimaré como un favor muy particular».

Siempre las almas generosas se interesan en la suerte de un pueblo que se esmera por recobrar los derechos con que el Creador y la naturaleza lo han dotado; y es necesario estar bien fascinado por el error o por las pasiones para no abrigar esta noble sensación: Vd. ha pensado en mi país y se interesa por él; este acto de benevolencia me inspira el más vivo reconocimiento.

He dicho la población que se calcula por datos más o menos exactos, que mil circunstancias

hacen fallidos, sin que sea fácil remediar esta inexactitud, porque los más de los moradores tienen habitaciones campestres, y muchas veces errantes; siendo labradores, pastores, nómadas, perdidos en medio de espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias, y aislados entre lagos y ríos caudalosos. ¿Quién será capaz de formar una estadística completa de semejantes comarcas? Además, los tributos que pagan los indígenas; las penalidades de los esclavos; las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores y otros accidentes alejan de sus hogares a los pobres americanos. Esto sin hacer mención de la guerra de exterminio que ya ha segado cerca de un octavo de la población, y ha ahuyentado una gran parte; pues entonces las dificultades son insuperables y el empadronamiento vendrá a reducirse a la mitad del verdadero censo.

Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se pudo prever cuando el género humano se hallaba en su infancia rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir: tal nación será república o monarquía, ésta será pequeña, aquélla grande? En mi concepto, ésta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos

un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de América, como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; con esta notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado; no obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional, y no por un raciocinio probable.

La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros

estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Permítame Vd. estas consideraciones para elevar la cuestión. Los estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella. Luego un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, huella y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando estos principios, hallaremos que la América no solamente estaba privada de su libertad, sino también de la tiranía activa y dominante. Me explicaré. En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del gran sultán, kan, rey y demás soberanos despóticos es la ley suprema, y ésta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajaes, kanes y sátrapas subalternos de Turquía y Persia, que tienen organizada una opresión de que participan los súbditos en razón de la autoridad que se les confía. A ellos está encargada la administración civil, militar, política, de rentas y la religión. Pero al fin son persas los jefes de Ispahán, son turcos los visires del Gran Señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar mandarines, militares y letrados al país de Gengis Kan, que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos son descendientes directos de los subyugados por los ascendientes de los presentes tártaros.

¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente, con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.

Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo y, cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad; las trabas entre provincias y provincias americanas para que no se traten, entiendan, ni negocien; en fin, ¿quiere saber cuál era nuestro destino?, los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el

algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos y, digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes; todo es contravención directa de nuestras instituciones.

El emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoles hacerlo a costa de la real hacienda, y por esta razón se les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizasen la administración y ejerciesen

la judicatura en apelación; con otras muchas exenciones y privilegios que sería prolijo detallar. El Rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los conquistadores para sí y sus descendientes. Al mismo tiempo existen leyes expresas que favorecen casi exclusivamente a los naturales del país, originarios de España, en cuanto a los empleos civiles, eclesiásticos y de rentas. Por manera que, con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código.

De cuanto he referido será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió, por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona, y por la inicua guerra que la regencia nos declaró, sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia, sino también de legitimidad. Sobre la naturaleza de los gobiernos españoles, sus decretos conminatorios y hostiles, y el curso entero de su desesperada conducta, hay escritos del mayor mérito en el periódico "El Español" cuyo autor es el señor Blanco; y estando allí esta parte de nuestra historia muy bien tratada, me limito a indicarlo.

Los americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos y, lo que es más sensible, sin

la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales, y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad.

Cuando las águilas francesas sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron a los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad. Ya antes habíamos sido entregados a la merced de un usurpador extranjero; después, lisonjeados con la justicia que se nos debía, con esperanzas halagüeñas siempre burladas; por último, inciertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía, a causa de la falta de un gobierno legítimo, justo y liberal, nos precipitamos en el caos de la revolución. En el primer momento sólo se cuidó de proveer a la seguridad interior, contra los enemigos que encerraba nuestro seno. Luego se extendió a la seguridad exterior; se establecieron autoridades que sustituimos a las que acabábamos de deponer, encargadas de dirigir el curso de nuestra revolución y de aprovechar la coyuntura feliz en que nos fuese posible fundar un gobierno constitucional, digno del presente siglo y adecuado a nuestra situación.

Todos los nuevos gobiernos marcaron sus primeros pasos con el establecimiento de juntas populares.

Estas formaron en seguida reglamentos para la convocación de congresos que produjeron alteraciones importantes. Venezuela erigió un gobierno democrático y federal, declarando previamente los derechos del hombre, manteniendo el equilibrio de los poderes y estatuyendo leyes generales en favor de la libertad civil, de imprenta y otras; finalmente, se constituyó un gobierno independiente. La Nueva Granada siguió con uniformidad los establecimientos políticos y cuantas reformas hizo Venezuela, poniendo por base fundamental de su Constitución el sistema federal más exagerado que jamás existió; recientemente se ha mejorado con respecto al poder ejecutivo general, que ha obtenido cuantas atribuciones le corresponden. Según entiendo, Buenos Aires y Chile han seguido esta misma línea de operaciones; pero como nos hallamos a tanta distancia, los documentos son tan raros y las noticias tan inexactas, no me animaré ni aun a bosquejar el cuadro de sus transacciones.

Los sucesos de México han sido demasiado varios, complicados, rápidos y desgraciados para que se puedan seguir en el curso de la revolución. Carecemos, además, de documentos bastante instructivos, que nos hagan capaces de juzgarlos. Los independientes de México, por lo que sabemos, dieron principio a su insurrección en septiembre de 1810 y un año después, ya tenían centralizado su gobierno en Zitácuaro e instalada allí una junta

nacional bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se ejercían las funciones gubernativas. Por los acontecimientos de la guerra, esta junta se trasladó a diferentes lugares, y es verosímil que se haya conservado hasta estos últimos momentos, con las modificaciones que los sucesos hayan exigido. Se dice que ha creado un generalísimo o dictador que lo es el ilustre general Morelos; otros hablan del célebre general Rayón; lo cierto es que uno de estos dos grandes hombres o ambos separadamente ejercen la autoridad suprema en aquel país; y recientemente ha aparecido una constitución para el régimen del estado. En marzo de 1812 el gobierno, residente en Zultepec, presentó un plan de paz y guerra al virrey de México concebido con la más profunda sabiduría. En él se reclamó el derecho de gentes estableciendo principios de una exactitud incontestable. Propuso la junta que la guerra se hiciese como entre hermanos y conciudadanos; pues que no debía ser más cruel que entre naciones extranjeras; que los derechos de gentes y de guerra, inviolables para los mismos infieles y bárbaros, debían serlo más para cristianos, sujetos a un soberano y a unas mismas leyes; que los prisioneros no fuesen tratados como reos de lesa majestad, ni se degollasen los que rendían las armas, sino que se mantuviesen en rehenes para canjearlos; que no se entrase a sangre y fuego en las poblaciones pacíficas, no las diezmasen ni quintasen para sacrificarlas; y concluye que, en caso de no admitirse este plan, se observarían rigurosamente las represalias. Esta

negociación se trató con el más alto desprecio; no se dio respuesta a la junta nacional; las comunicaciones originales se quemaron públicamente en la plaza de México, por mano del verdugo; y la guerra de exterminio continuó por parte de los españoles con su furor acostumbrado, mientras que los mexicanos y las otras naciones americanas no la hacían ni aun a muerte con los prisioneros de guerra que fuesen españoles. Aquí se observa que por causas de conveniencia se conservó la apariencia de sumisión al rey y aun a la constitución de la monarquía. Parece que la junta nacional es absoluta en el ejercicio de las funciones legislativa, ejecutiva y judicial, y el número de sus miembros muy limitado.

Los acontecimientos de la tierra firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y elecciones populares; y estos partidos nos tornaron a la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia de la forma demócrata y federal para nuestros nacientes estados. En Nueva Granada las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la falta de centralización en el general, han conducido aquel precioso país al estado a que se ve reducido en el día. Por esta razón, sus

débiles enemigos se han conservado contra todas las probabilidades. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina. Desgraciadamente, estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere; y por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia.

"Es más difícil —dice Montesquieu— sacar un pueblo de la servidumbre, que subyugar uno libre". Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo y muy pocas de las esclavas recobrar su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. Pero ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una República? ¿Se puede concebir que

un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo; y menos deseo aún una monarquía universal de América, porque este proyecto sin ser útil, es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían, y nuestra regeneración sería infructuosa. Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli, por ejemplo, sería México, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Supongamos que fuese el istmo de Panamá punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente, ¿no continuarían éstos en la languidez y aún en el desorden actual? Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfeccione al Nuevo Mundo,

sería necesario que tuviese las facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres.

El espíritu de partido que, al presente, agita a nuestros estados se encendería entonces con mayor encono, hallándose ausente la fuente del poder, que únicamente puede reprimirlo. Además, los magnates de las capitales no sufrirían la preponderancia de los metropolitanos, a quienes considerarían como a otros tantos tiranos: sus celos llegarían hasta el punto de comparar a éstos con los odiosos españoles. En fin, una monarquía semejante sería un coloso disforme, que su propio peso desplomaría a la menor convulsión.

M. de Pradt ha dividido sabiamente a la América en quince a diecisiete estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto a lo primero, pues la América comporta la creación de diecisiete naciones; en cuanto a lo segundo, aunque es más fácil conseguirlo, es menos útil; y así no soy de la opinión de las monarquías americanas. He aquí mis razones: el interés bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. No ejerciendo la libertad imperio, porque es precisamente su opuesto, ningún estímulo excita a los republicanos a extender los términos de su nación, en detrimento de sus propios medios, con el único objeto de hacer participar a sus vecinos

de una Constitución liberal. Ningún derecho adquieren, ninguna ventaja sacan venciéndolos, a menos que los reduzcan a colonias, conquistas o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma. Máximas y ejemplos tales están en oposición directa con los principios de justicia de los sistemas republicanos, y aún diré más, en oposición manifiesta con los intereses de sus ciudadanos: porque un estado demasiado extenso en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia, y convierte su forma libre en otra tiránica; relaja los principios que deben conservarla, y ocurre por último al despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas es la permanencia; el de las grandes es vario, pero siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas sólo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fue porque era república la capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes e instituciones diferentes.

Muy contraria es la política de un rey, cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades; con razón, porque su autoridad crece con estas adquisiciones, tanto con respecto a sus vecinos como a sus propios vasallos, que temen en él un poder tan formidable cuanto es su imperio, que se conserva por medio de la guerra y de las conquistas. Por estas razones pienso que los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura,

preferirían las repúblicas a los reinos, y me parece que estos deseos se conforman con las miras de Europa.

No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros; por igual razón rehuso la monarquía mixta de aristocracia y democracia, que tanta fortuna y esplendor ha procurado a la Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas, o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos que nos conducirán a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor. Voy a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de América: no la mejor sino la que sea más asequible.

Por la naturaleza de las localidades, riquezas, población y carácter de los mexicanos, imagino que intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrándolo en un individuo que si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia. Si su incapacidad o violenta administración excita una conmoción popular que triunfe, ese mismo poder ejecutivo quizás se difundirá en una asamblea. Si

el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía que al principio será limitada y constitucional, y después inevitablemente declinará en absoluta; pues debemos convenir en que nada hay más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta; y también es preciso convenir en que sólo un pueblo tan patriota como el inglés es capaz de contener la autoridad de un rey, y de sostener el espíritu de libertad bajo un cetro y una corona.

Los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizás una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo: estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!

Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo o una nueva ciudad que con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía Honda. Esta posición aunque desconocida, es

más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil y su situación tan fuerte que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganados, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados, y nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de la Goagira. Esta nación se llamaría Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia de que en lugar de un rey habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario si se quiere república; una cámara o senado legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo de libre elección, sin otras restricciones que las de la cámara baja de Inglaterra. Esta constitución participaría de todas las formas, y yo deseo que no participe de todos los vicios. Como ésta es mi patria tengo un derecho incontestable para desearle lo que en mi opinión es mejor. Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación; y entonces formará por sí sola un estado que, si subsiste, podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todos géneros.

Poco sabemos de las opiniones que prevalecen en Buenos Aires, Chile y el Perú; juzgando por lo que

se trasluce y por las apariencias, en Buenos Aires habrá un gobierno central, en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas. Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía, o una monocracia con más o menos restricciones, y cuya denominación nadie puede adivinar. Sería doloroso que tal caso sucediese, porque aquellos habitantes son acreedores a la más espléndida gloria.

El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre.

El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un

siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas.

Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que con más justicia las merece Lima, por los conceptos que he expuesto y por la cooperación que ha prestado a sus señores contra sus propios hermanos, los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires. Es constante que el que aspira a obtener la libertad a lo menos lo intenta. Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia; ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si concibe recobrar su independencia.

De todo lo expuesto, podemos deducir estas consecuencias: las provincias americanas se hallan lidiando por emanciparse, al fin obtendrán el suceso; algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales y centrales; se fundarán monarquías casi inevitablemente en las grandes secciones, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos, ya en la actual ya en las futuras revoluciones, que una gran monarquía no será fácil consolidar, una gran república, imposible.

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo

que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un Congreso europeo para decidir de la suerte de los intereses de aquellas naciones.

«Mutaciones importantes y felices —continúa Vd.— pueden ser frecuentemente producidas por efectos individuales». Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que cuando Quetzalcóatl, el Hermes o Buda de la América del Sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos designados hubiesen pasado, y que él restablecería su gobierno y renovaría su felicidad. ¿Esta tradición, no opera y excita una convicción

de que muy pronto debe volver? ¿Concibe Vd. cuál será el efecto que producirá si un individuo, apareciendo entre ellos, demostrase los caracteres de Quetzalcóatl, el Buda del bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones? ¿No cree Vd. que esto inclinaría todas las partes? ¿No es la unión todo lo que se necesita para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas y los partidarios de la corrompida España para hacerlos capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas?

Pienso como Vd. que causas individuales pueden producir resultados generales; sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o dios del Anahuac, Quetzalcóatl, el que es capaz de operar los prodigiosos beneficios que Vd. propone. Este personaje es apenas conocido del pueblo mexicano, y no ventajosamente, porque tal es la suerte de los vencidos aunque sean dioses. Sólo los historiadores y literatos se han ocupado cuidadosamente en investigar su origen, verdadera o falsa misión, sus profecías y el término de su carrera. Se disputa si fue un apóstol de Cristo o bien pagano. Unos suponen que su nombre quiere decir Santo Tomás; otros que Culebra Emplumajada; y otros dicen que es el famoso profeta de Yucatán, Chilam-Balam. En una palabra, los más de los autores mexicanos, polémicos e historiadores profanos, han tratado con más o menos extensión la cuestión sobre el

verdadero carácter de Quetzalcóatl. El hecho es, según dice Acosta, que él establece una religión, cuyos ritos, dogmas y misterios tenían una admirable afinidad con la de Jesús, y que quizás es la más semejante a ella. No obstante esto, muchos escritores católicos han procurado alejar la idea de que este profeta fuese verdadero, sin querer reconocer en él a un Santo Tomás, como lo afirman otros célebres autores. La opinión general es que Quetzalcóatl es un legislador divino entre los pueblos paganos del Anahuac, del cual era lugarteniente el gran Montezuma, derivando de él su autoridad. De aquí que se infiere que nuestros mexicanos no seguirían al gentil Quetzalcóatl, aunque apareciese bajo las formas más idénticas y favorables, pues que profesan una religión la más intolerante y exclusiva de las otras.

Felizmente los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta.

Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin

embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: *conservadores y reformadores.* Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos, aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia.

Yo diré a Vd. lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles, y de fundar un gobierno libre: *es la unión,* ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones; aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España, que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.

Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el estado es débil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan, y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección,

se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado la Europa, volarán a Colombia libre, que las convidará con un asilo.

Tales son, señor, las observaciones y pensamientos que tengo el honor de someter a Vd. para que los rectifique o deseche según su mérito, suplicándole se persuada que me he atrevido a exponerlos, más por no ser descortés, que porque me crea capaz de ilustrar a Vd. en la materia.

Soy de Vd., etc., etc., etc.

Kingston, 6 de septiembre de 1815

Nuestros doscientos años*

William Ospina

* Ponencia presentada al Noveno Foro de la Solidaridad **CONFIAR**. Realizado en Medellín el día 26 de octubre de 2010.

En los días pasados tuve la oportunidad de visitar la Mojana. Tantos años viviendo en mi país y no tenía idea de lo que significa esa región de la que han brotado algunas de las músicas y algunas de las historias más famosas de nuestra tierra. Ahora tiene para mí otro sentido el país de las aguas, la rosa momposina, la gran depresión, la región de las ciénagas, y me he dicho que tal vez leyendo en una significativa fracción del territorio sea más fácil intentar un balance de estos dos siglos de nuestra Independencia.

Lo primero que habría que señalar es que una región completamente coherente en términos naturales, económicos y culturales está hoy fragmentada en cuatro o cinco mapas distintos, el de Bolívar, el de Sucre, el de Córdoba, el de Antioquia. Los mapas administrativos de la modernidad fragmentan los viejos y lúcidos mapas de la memoria y de la cultura.

Y allá, en esa región, un gran dibujo primigenio, sobre la superficie estremecida de las aguas, el trazo de los canales con que los zenúes controlaron durante cientos de años el régimen de las inundaciones. ¿Por qué, de toda la vastedad del país, sólo esta cultura llegó a desarrollar un tan complejo sistema hidráulico, con una ingeniería

tan ingeniosa como eficaz, y en unas dimensiones tan asombrosas? Seiscientas cincuenta mil hectáreas en las cuencas del río San Jorge y del río Sinú, surcadas de canales, les permitieron tener una relación armoniosa con el agua y el clima, producir y vivir en una alianza sorprendente del trabajo con el conocimiento.

Una de las respuestas es que sobre esa región convergen las aguas de Colombia. El río Cauca recoge las aguas de toda la región occidental entre dos cordilleras, el río Magdalena recoge las aguas de toda la región central entre dos cordilleras, y la Mojana es el punto donde se unen las aguas de esos dos grandes ríos de Colombia. Toda el agua que ha recorrido el país se explaya en ese vórtice donde terminan las montañas, y pesa de tal modo sobre la tierra que acaso a eso se deba la depresión momposina, esa región de tierras cálidas abrumada por el agua y por todas sus manifestaciones.

Este es un planeta de agua: es importante señalar que casi todo aquí es agua, los árboles, los animales y los seres humanos. Agua sembrada que florece, agua que vuela y canta, agua que sueña y piensa. Ya en esa época primera fue necesario el conocimiento para controlar un poco el poder de los elementos, que, si no se dialoga con ellos, se convierten para nosotros en lo que Álvaro Mutis llama "Los elementos del desastre".

Lo asombroso es que con la conquista española lo que hicimos fue reemplazar el saber milenario de los zenúes sobre su tierra por el dudoso saber de una cultura que tenía una relación con el agua mucho menos intensa. Yo no sé si es cierta la leyenda de que a comienzos de la Edad Media una ardilla podía correr de un extremo a otro de la península ibérica sin bajar de los árboles, no sé si es verdad, como lo afirma Aldous Huxley, que fueron los rebaños de cabras de la Edad Media los que convirtieron en un desierto buena parte de la cuenca del Mediterráneo, el sur de Italia, toda Grecia y toda el Asia Menor, porque esos animales de labios delgados arrancan hasta las más finas raíces y van dejando a su paso un rastro de desiertos, pero lo que sí sé es que España tendría muy poco qué enseñarnos en el arte de manejar estas moles de agua dulce, la tumultuosa vegetación de estas regiones equinocciales, la abundancia de sus criaturas y el concierto de sus pájaros.

El triunfo de España, más que la derrota de los pueblos indígenas, fue sin duda la derrota de la naturaleza por mucho tiempo, no en el sentido de que fuera dominada, pues esta naturaleza por fortuna no se dejará dominar, sino en el sentido de que instauró una lógica infernal de la lucha contra la tierra en lugar del diálogo fecundo y productivo con ella.

La secuencia económica de la Mojana es curiosa: primero la codicia sobre el reino mineral, después,

sobre el reino vegetal, y finalmente sobre el reino animal. Primero el oro, después los árboles, después el ganado. Y después todos los saqueos mezclados. Se derribaban los árboles, ceibas y hobos corpulentos, para acceder a las tumbas de oro que había bajo ellos. Porque tendríamos que decir, en el espíritu de Quevedo, que las ceibas eran el epitafio de los señores de los valles. Después, agotado el oro de las tumbas, se derribaban los árboles buscando sus valiosas maderas. Y los bosques se convirtieron en casas y en mesas y en sillas, en artesonados y en envigados. Y después se derribaban los bosques para convertir la región en potreros.

Y cuando volvieron los humanos a vivir en el territorio, ya se habían olvidado los saberes indígenas, dónde construir y dónde no, por donde pasa la memoria del agua, cómo dialogar con esa memoria. Nuestra arrogancia unida a nuestro olvido construyó los pueblos sobre el surco de las grandes inundaciones, así como en el Tolima construimos Armero sobre el surco de las grandes devastaciones del pasado, porque ya en las páginas de fray Pedro Simón es posible leer una descripción minuciosa de la avalancha de Armero ocurrida tres siglos antes de que Armero fuera arrasada. Por eso no sólo lo que ocurrió en Sucre sino todo lo que ocurre aquí podría llamarse la "Crónica de una muerte anunciada", y García Márquez se revela como una gran voz chamánica que acuña con precisión el nombre de nuestras tragedias.

Pero queda el trazado de los canales de los zenúes, que todavía es posible ver desde el aire, como la vasta huella dactilar de una cultura que nos recuerda que tuvimos conocimiento, que tuvimos voluntad, que tuvimos capacidad de dialogar con el mundo, y que lo que fue incluso podría de nuevo ser, sólo si por momentos siquiera actuamos como una comunidad y no como individuos aislados enfrentados a la naturaleza y también los unos a los otros, en una suerte de locura furiosa. Pero es que, como bien lo dijo Schopenhauer, "la locura es la pérdida de la memoria". Queda ese trazado, que hoy podemos asimilar a los grandes grafismos del arte moderno, y queda la pregunta de por qué, como se lo oí decir ayer a un gran conocedor de nuestro país de las aguas, nos conmueven las pirámides de Tenochtitlán, y las alturas de Machu Picchu, y las líneas de Nazca, y no sabemos respetar, y recordar, y conservar, y mostrar al mundo ese dibujo exquisito de un arte milenario que es también ingeniería y religión.

Estos dos siglos de Independencia nos dieron una relación precaria con el territorio. Recordemos aquí que todavía hace ciento veinte años ni siquiera sabíamos cómo nos llamábamos, y que la palabra Colombia, soñada por Miranda y heredada por Bolívar, sólo se convirtió en el nombre definitivo de nuestro país con la Constitución de 1886. Esa Constitución ya comenzaba esas fragmentaciones arbitrarias de las que hablaba inicialmente. Pero

obró muchas otras cosas, unas útiles y otras dañinas. Su redactor, Miguel Antonio Caro, era un gran erudito, un gran latinista, un gramático notable, un poeta esforzado, un traductor insigne, un orador admirable pero un colombiano muy precario. Y no por falta de amor por su tierra sino por falta de conocimiento. No salió nunca de la Sabana de Bogotá, no sabía o no quería saber que le tocó vivir en la región equinoccial de América, vivía en la Roma de Virgilio, en las conjugaciones y en los gerundios, sabía qué era una hipálage y un oxímoron pero no sabía qué era la Mojana, y creo que, como buen castizo, no le gustaba la palabra Orinoco. Y ese curioso señor redactó la Constitución que gobernó a Colombia durante cuatro generaciones. Esos cien años de soledad fueron suficientes al menos para crearnos una mínima conciencia nacional, porque la Independencia, de la que Bolívar esperaba tanto, apenas alcanzó para formar en todos estos países una vaga conciencia nacional. En algunos más fuerte que en otros, no por la voluntad sino por la mayor o menor facilidad para reconocerse en una tradición. Un país mayoritariamente indígena, como México, encontró en esa memoria y en esa tradición un sustento suficiente para la construcción de su imaginario nacional, e incluso fue más lejos. Avanzó en el camino del mestizaje cultural desde las instituciones de un modo muy notable. El hecho de que la independencia tuviera un alto contenido indígena, familiarizó

a los indios mexicanos con los ideales de la Ilustración: tampoco en México se abría camino el sueño imposible de la reconstrucción de una ilusoria arcadia indígena. La Independencia se hacía contra la Edad Media, contra el absolutismo español, y a favor de la modernidad. Por eso, cuarenta años después de la Independencia, se dio en México la Reforma, un paso de avanzada hacia la sociedad liberal. México se dio el lujo de derrotar a los ejércitos de Napoleón III, fusiló a un extraviado emperador de la casa de Habsburgo Lorena, rechazó la imposición de los modelos europeos, tuvo un presidente indígena ilustrado en la segunda mitad del siglo XIX, y en cuanto hubo expulsado a los franceses, en defensa de su orgullo nacional, entonces sí dialogó con Francia con holgura y con dignidad. Manuel Gutiérrez Nájera leyó a Verlaine y a Víctor Hugo, y recibió su influencia. Y empezó a escribir en español con esas nuevas libertades de los parnasianos y de los simbolistas, con esas sonrisas verlenianas.

Toco, se viste, me abre, almorzamos/
con apetito los dos tomamos/
un par de huevos y un buen beafsteak/
media botella de rico vino/
y en coche juntos vamos camino/
del pintoresco Chapultepec.

Había nacido el modernismo latinoamericano. Y de la palabra mariage surgió la palabra mariachi, y después Diego Rivera avanzó en el ejercicio de

combinar la memoria estética mexicana con los lenguajes de la modernidad, y después Alfonso Reyes puso a dialogar su conciencia de mexicano con el rigor profundo de la lengua y con sus fuentes helénicas, y después Juan Rulfo alió para siempre los descensos al Hades de Virgilio y de Dante y de Poe con la fiesta de los muertos del primero de noviembre.

Aquí fue mucho menos visible ese proceso, porque las instituciones se encargaban de negar día a día a la gente y a sus creaciones. Si todavía en los años cuarenta, en los clubes sociales de Barranquilla, sólo se podía bailar al ritmo de las orquestas internacionales que tocaban fox trot, y estaban prohibidos los porros, la expresión musical del alma popular. Aquí la cultura insistía en sus creaciones, pero la alta sociedad y el Estado procuraban no darse cuenta. Esas son las consecuencias de la falta de una revolución liberal. O siquiera de una Reforma liberal, para no usar palabras tan fuertes. Nuestra Independencia no redimió a los indígenas, no liberó a los esclavos, no reconoció el territorio, no derrocó las leyes coloniales, y el paso de la encomienda a la hacienda no obró las transformaciones modernizadoras a las que podía y debía aspirar una sociedad basada en los Derechos Humanos y el ejemplo de la Ilustración. Las tareas pendientes fueron muchas y eso no significa que lo que se hizo no haya sido necesario e importante. Tener una patria es ya una ganancia,

aunque uno esté todavía desterrado del festín de la vida. Todavía no era posible Gaitán gobernando pero ya era posible Gaitán sembrando su discurso en el alma de un pueblo. Todavía no era posible Benito Juárez o Emiliano Zapata, pero ya eran posibles Barba Jacob, y José Barros, y Aurelio Arturo, y Gabriel García Márquez.

Luchábamos por la modernidad, y llegó la modernidad. Esa época traía beneficios y desgracias para todos los seres humanos, pero a nosotros nos llegó en una versión rudimentaria. Basta poner un ejemplo: llegaron los automóviles, pero no llegaron las carreteras. Ni siquiera después de los ocho años de continuidad del gobierno del doctor Uribe llegaron las carreteras. En cambio sí llegaron las retroexcavadoras que convierten una llanura en un campo bombardeado para buscar el oro que sobrevivió a la conquista. Y las aguas que convergen sobre la Mojana desde el comienzo de este mundo, llevan ahora los desechos industriales del país entero, lo que arrojan a los ríos todas las grandes ciudades. Sí llegó la contaminación. Sí llegó el mercurio que arranca el oro de la escoria y envenena los arroyos y baja por los ríos y envenena a los peces, y contamina la Mojana, y envilece el medio ambiente por siglos, y hace nacer a los niños con el paladar hendido. Llegamos al mercado mundial pero de contrabando, y vendiendo sustancias ilícitas, y desarrollando industrias que no siempre cumplen

con las mínimas responsabilidades ambientales, y sacrificando los bosques en una vasta depredación, y sacrificando nuestra juventud en sórdidas guerras de supervivencia.

Y aún así tenemos un país, y una cultura, y los mestizajes dan su flor de mil maneras distintas, y la cultura se va convirtiendo ante el mundo en el emblema de un pueblo tenaz que no se rinde, que no renuncia a buscar su grandeza y su concordia y, por qué no decirlo, también su felicidad. Muchas cosas faltan. No hemos acabado de construir el relato necesario que nos permita la certeza de tener una nación y ya nos llegan con la prédica de que no existen las naciones. Estábamos a punto de creerlo cuando vimos que los países que más hablaban de globalización empezaban a alzar muros en sus fronteras, entonces comprendimos que la globalización era más para los capitales que para las personas, que cada vez se hacía más difícil cruzar las fronteras, y que cuando lo lográbamos, cada vez nos recibían peor más allá de nuestro suelo.

Ello no sería tan grave si la patria fuera una patria, no un suelo que te expulsa de la parcela y del centro de las ciudades y del propio territorio. Las naciones que Bolívar dirigió en la lucha por la Independencia hoy con frecuencia expulsan a muchos de sus habitantes. Estos, en cambio, con una generosidad que sólo el amor explica, responden a ese destierro trabajando duro para enviar divisas que gobiernos indignos exhiben sin pudor como parte de la prosperidad

nacional. Exigua prosperidad acumulada sumando suspiros y lágrimas.

Hace dos siglos fuimos pioneros en la lucha contra el colonialismo. Fundamos repúblicas en un suelo, como diría Victor Hugo "todavía blando y mojado del diluvio", cuando en Europa ese sueño de las repúblicas apenas pugnaba por abrirse un camino. Hubo aquí provincias que les dieron el voto a las mujeres cuando en el mundo nadie soñaba con dárselo. Empresarios nuestros fundaron la segunda aerolínea comercial del mundo. Algunos ejemplos positivos y negativos podemos mostrar de grandes aventuras de la iniciativa y de la audacia, de la inteligencia y de la sensibilidad. Y no tenemos los cinco mil años de civilización continuada que puede mostrar la China, sino cinco siglos de desmemoria, y dos siglos de esfuerzos por alcanzar la modernidad, que nos ha traído sobre todo sus venenos y sus armas destructoras. Y a pesar de su horror, un siglo de nuestra violencia no ha producido el millón de muertos que produjeron en España tres años de Guerra Civil. Pero todavía tenemos que hacer desde aquí una lectura de la modernidad y de sus locuras, de esta vasta conspiración contra el mundo, contra la noche, contra el silencio, contra la austeridad, contra el contacto real entre seres vivos, de este proceso ya alarmante que nos aparta de la realidad natural y nos virtualiza el mundo para vendernos sólo sus simulacros.

Vuelvo a pensar en la Mojana, y en las navegaciones y las fiestas y los hermosos actos humanos que pudimos vivir en estos días previos. Pienso en los muchos colores del cielo de las ciénagas, las nubes azules sobre horizontes rosados, las inmensas y fugaces esculturas del agua. Y el vuelo amoroso de las garzas, y los grupos de cormoranes que se alejan rayando el agua con su vuelo. Es una inmensa flor de agua, la rosa momposina que le hizo decir a José Benito, "mi vida está pendiente de una rosa". Ejemplo de una riqueza natural que todavía sobrevive a pesar de los peligros y de los asedios, de los ejércitos y de las industrias, tiene una memoria que recuperar, una riqueza que salvar, una comunidad humana extraordinariamente llena de afecto, de ingenio y de creatividad, un espíritu de fiestas y rituales, una suma de leyendas y ceremonias, que pueden hacer de ella una de las regiones mágicas del futuro. No por azar entre sus ríos y sus relatos surgió el destino y el universo verbal de García Márquez, el más visible de los escritores del siglo XX.

Por todo eso la valoración de lo que somos y lo que hemos sido no se puede agotar en grandes palabras abstractas, Requiere de matices y de detalles. Como decía Estanislao Zuleta, no necesitamos respuestas definitivas sino más y mejores preguntas. No estamos leyendo el final del relato, a lo sumo, el libro está abierto en la mitad.

www.confiar.coop